



OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



030-00

EL CREPÚSCULO DE LA CIVILIZACIÓN

Jacques Maritain

(Este libro, publicado en 1941, tiene su origen en una conferencia dictada por Maritain en París en 1939, ante la inminencia de la Segunda Guerra Mundial)

INTRODUCCIÓN

Estas páginas son el texto de una conferencia pronunciada en el teatro Marigny de París, el 8 de Febrero del 1939, y que se ha publicado por primera vez en 'Nouvelles Lettres'.

Francia es actualmente víctima de una catástrofe inaudita, es prisionera de guerra, su pueblo sufre una agonía física y moral inenarrable, pero aún en esta agonía reúne invisiblemente sus fuerzas profundas. En comunión con el pueblo de Francia y con sus esperanzas, y en este Nuevo Continente, en que un francés puede aún hablar con libertad, ahora repetimos lo que decíamos hace dos años.

Nada he cambiado de lo que dije entonces y creo que mis pensamientos conservan todavía hoy, no solamente su actualidad, sino su verdad. La vocación de Francia no es una cosa que pueda ser destruida por un desastre militar sin precedentes ni por la quiebra moral de las clases dirigentes y de muchos elementos de la *intelligentsia*. Nosotros sabemos que la vida profunda del pueblo, actualmente muda e inerte, y las energías evangélicas del catolicismo francés, han permanecido fieles a esta vocación. El día en que Francia sea de nuevo libre, continuará su misión histórica. Lo que decíamos hace dos años, con ser poco, contenía un poco de esperanza. Aquel poco de esperanza subsiste y crece en medio del dolor.

El pesimismo de la fórmula el crepúsculo de la civilización era únicamente un pesimismo relativo. Si el crepúsculo es el anuncio de la noche, ésta precede al día. Y en la historia humana acontece a menudo que en el crepúsculo de la tarde se mezclan las primeras claridades de un crepúsculo auroral. En mi pensamiento, la idea de los sufrimientos experimentados actualmente por la civilización era inseparable de la de un nuevo humanismo que se está gestando en la agonía del mundo y prepara al mismo tiempo el retoñar de la civilización, aunque solamente sea como una «resurrección entre los muertos», según anunciaba San Pablo.

Por ahora, la civilización no se halla solamente sumergida dentro del crepúsculo sino arrebatada por un huracán devastador. Todos los peligros en los cuales yo pensaba hace dos años se han realizado en una sola forma monstruosa: la de la guerra desatada por la revolución nazi y bajo la cual el Imperio pagano aplasta actualmente a Europa. Lo que en esta forma es más importante que todo para la libertad y la civilización, es que el esfuerzo común del Commonwealth británico y de los Estados Unidos gane esta guerra. Es obvio que no es suficiente que Alemania sea vencida para que todos los problemas de la libertad no conquistada, de la civilización por salvar y rehacer, se encuentren resueltos. Pero, indudablemente, es una condición para que puedan ser resueltos y para que el mundo se vea libre de la esclavitud que amenaza hoy a todos y a cada uno de nosotros.

Chicago, 11 de Enero de 1941

1. LA CRISIS DEL HUMANISMO MODERNO

La palabra humanismo se presta a muy diferentes interpretaciones, que dependen de la idea que se tenga del hombre. Conviene, pues, que desde ahora aventuremos una definición. Para dejar abierta toda discusión, diremos que el humanismo (y esta definición puede ser desarrollada siguiendo líneas muy divergentes) tiende esencialmente a hacer más realmente humano al hombre y a manifestar su grandeza original haciéndole participar de todo lo que pueda enriquecerlo en la naturaleza y la historia; pide al hombre que desarrolle las virtualidades que se hallan encerradas en él, sus fuerzas creadoras y la vida de la razón, y que trabaje para convertir las fuerzas del mundo físico en instrumentos de su libertad. Es evidente que la antigua sabiduría griega que, según afirmaba ella misma, tenía por objeto “lo que es superior a la razón teniendo por principio la razón”, no puede ser suprimida de la tradición humanista. Esto, en último término, nos previene contra la menor veleidad de definir el humanismo como una exclusión de toda ordenación a lo sobrehumano y como abjuración de toda trascendencia.

Desde el punto de vista de la lógica concreta de los acontecimientos históricos, se constata que en este orden, no el de la pura especulación filosófica, sino de la vida humana y de la acción humana, muchas posiciones teóricamente sostenidas (con razón o sin ella) son rápidamente abandonadas porque en poco tiempo demuestran ser no vivientes, no sólo para este o aquel individuo, sino para la consciencia común.

Aquí vemos cuál ha sido el vicio propio del humanismo clásico, es decir, del humanismo que desde el Renacimiento ha ocupado los tres últimos siglos. Este vicio, según mi opinión, se refiere no solamente a lo que es afirmación en el humanismo, sino también a lo que es negación, rehusamiento, separación, lo que se podría llamar una concepción antropocéntrica del hombre y la cultura. Me doy cuenta de que esta palabra no es muy afortunada, pero la empleo a falta de otra mejor. Se podría también afirmar que el error de que se trata es la idea de una naturaleza humana encerrada en ella misma o que se bastase absolutamente a ella misma.

En vez de una naturaleza humana abierta y de una razón abierta, que son la naturaleza y la razón reales, se ha pretendido establecer en la existencia una naturaleza y una razón aisladas en sí y encerradas en ellas mismas, al margen de todo lo que no son.

En vez de un desarrollo humano y racional que continúe el Evangelio, se ha pedido dicho desarrollo a la razón pura y no al Evangelio.

Y para la vida humana, para el movimiento concreto de la historia, esto significa evidentes e importantes amputaciones.

Plegaria, milagro, verdades suprarracionales, consciencia del pecado y de la gracia, beatitudes evangélicas, necesidad de la ascesis, de la contemplación, de la cruz, todo esto es puesto en duda o negado. En el régimen concreto de la vida humana, la razón se aísla de lo suprarracional.

La razón se aísla también de todo lo que es irracional en el hombre o lo niega, siempre en virtud del mismo sofisma de que lo es “irracional” en el sentido de no reductible a la razón misma, sería “irracional” en el sentido de antirracional o de incompatible con la razón. En cierta manera, la vida del universo de la voluntad es desconocida. Y lo que hay de no-racional en el mundo del conocimiento es igualmente desconocido. Por otra parte, todo el mundo de lo infrarracional, de los instintos, de las tendencias oscuras, del inconsciente, con todo lo que comporta de maligno, casi de demoníaco, pero también con lo que comporta de fecundo, es puesto entre paréntesis y púdicamente olvidado.

De esta manera, poco a poco, se ha ido formando el hombre del fariseísmo burgués en quien el siglo XIX ha creído durante mucho tiempo y que Marx, Nietzsche y Freud se empeñaron en desenmascarar. Y, en efecto, lo consiguieron, pero no sin al mismo tiempo desfigurarlos.

Desde la época de Descartes se han hecho a los hombres promesas enormes. El progreso del espíritu tenía que dar, automáticamente, una gran felicidad de paz y reposo, una beatitud terrestre.

Pues bien, que todo esto no ha sido es lo que la historia ha demostrado. Después de haber perdido a Dios con el fin de bastarse a sí mismo, el hombre

pierde su alma, se busca en vano, complica el universo para hallarse, encuentra máscaras y detrás de todo la muerte.

Y entonces asistimos al espectáculo de un oleaje irracionalista, que consiste en el despertar de una oposición trágica entre la vida y la inteligencia.

Esta oposición había empezado con Lutero y continuado con Rousseau. Pero en seguida se produjeron fenómenos de simbiosis que no tengo tiempo de analizar ahora.

Actualmente dicha oposición se presenta a veces bajo formas serviles, por ejemplo, bajo la forma del racismo o bajo la forma extraordinariamente simplificada que le dan los que gritan “muera la inteligencia”. A ello me referiré en seguida.

La referida oposición se manifiesta también en formas nobles, muy nobles, y al decir esto recuerdo pensadores como Nietzsche, Kierkegaard, Karl Barth, Chestov. Fue por amor hacia lo más espiritual y libre que existe por lo que ellos emprendieron la tarea de defender al hombre contra la razón, y si el camino por donde anduvieron fue equivocado sería muy injusto confundirlo con el de los enemigos serviles de la razón, que son también sus enemigos. Con todo, a pesar de que alguna inteligencia atribuya valor a la inteligencia y de que alguna generosidad trate de salvar los valores humanos, esta posición da lugar, en definitiva, a lo que podríamos llamar un contra-humanismo. Y en la existencia concreta y evolución efectiva de las sociedades, la desgracia de las formas de contra-humanismo noble radica en que fatalmente los hombres acaban por sustituirlas por formas serviles: Nietzsche da paso a Rosenberg.

Parece aquí que la razón está en peligro por la adoración de la razón, y el humanismo lo está por el humanismo antropocéntrico, es decir, por el falso humanismo. Voces terribles se elevan en el hombre y gritan: ¡basta ya de optimismo falaz y de moralidades ilusorias, basta ya de idealismo que nos mata, que niega el mal y la desgracia y que nos arrebató el medio de luchar contra ellos! Volvamos a la gran fecundidad espiritual del abismo, del absurdo y de la ética de la desesperación! ¡Pobre Nietzsche! La voz en verdad terrible, la voz fatal, no es la voz de Nietzsche: es la voz de esta multitud mediocre y chata, cuya chatez, mediocridad y futilidad son como signos apocalípticos, y que esparce a los vientos

del mundo – bajo la forma del culto a la guerra (de la guerra misma o de su sombra pavorosa y fecunda en beneficios), o bajo la forma del culto a la raza o a la sangre – el evangelio del odio a la razón.

Cuando el amor y la santidad no transfiguran la condición humana y no mudan los esclavos en hijos de Dios, la Ley inmola muchas víctimas. Nietzsche no podía soportar el espectáculo de los lisiados del cristianismo y, con más intensidad que Goethe, se rebeló contra la cruz; su sueño era un superhombre dionisiaco, completamente ficticio. Dionisos, los periódicos y la radio, cada mañana nos comunican como dicho superhombre dirige su danza a través de los campos de concentración, en los nuevos ghettos donde millares de judíos y políticos sospechosos son condenados a una muerte lenta, por las ciudades bombardeadas de China y España, en la Europa locamente armada.

Nietzsche no vio que los hombres sólo tienen dos caminos para escoger: el del calvario o el de la matanza. La marea irracionalista es en realidad la peripecia trágica del humanismo racionalista que reacciona contra el humanismo de la razón encerrada en ella misma, pero integrando el hombre a las potencias terrenas, separándolo de las comunicaciones superiores y del espíritu que libera, sumiendo la criatura en el abismo de la vitalidad animal.

Otro espectáculo al que asistimos es, por el contrario, el de una continuación, agravación y exasperación del humanismo antropocéntrico en la dirección de las esperanzas racionalistas, continuadas ahora no solamente como religión filosófica, sino como religión vivida.

Esto proviene de haber llevado hasta las últimas consecuencias el principio de que la salvación del hombre está en él mismo.

Así nos enfrentamos con el marxismo. Marx transmutó el hegelianismo, pero permaneció hasta tal punto racionalista que el movimiento de la materia es para él un movimiento dialéctico. En el materialismo marxista no existen los instintos irracionales ni la mística biológica. La razón decapita a la razón.

La creencia de que la salvación del hombre está en él mismo, cumple su destino. Así, pues, este destino es mera y exclusivamente temporal; la salvación

tiene lugar naturalmente sin Dios, ya que el hombre no está ni obra verdaderamente solo sino a condición de que Dios no exista; y aun contra Dios, es decir, contra todo lo que en el hombre y en el medio humano es la imagen de Dios, o sea, la heteronomía. Esta salvación exige la organización de la humanidad en un cuerpo cuyo fin supremo no es la contemplación de Dios, sino el dominio completo de la historia. Es una posición que todavía se declara humanista, pero que es radicalmente atea y por esto mismo destruye la realidad del humanismo, que teóricamente profesa.

La manera como la dialéctica revolucionaria materialista, tal como ella ha vivido desde hace veinte años en el país que conquistó 1, devora a sus jefes y ha eliminado en ellos, por todos los medios, la consciencia moral al servicio de su finalidad, ha perseguido, internado en los campos de concentración, condenado a muerte, a millares y millares de sospechosos, es suficiente, para convencernos sobre este capítulo.

Hay una posición tan alejada del humanismo antropocéntrico como del irracionalismo antihumanista: la posición cristiana humanista, según la cual la fatalidad del humanismo clásico no es debida a ser humanismo, sino a ser antropocéntrico; no ha sido de creer en la razón, sino de asimilarla y marchitarla; no ha sido de buscar la libertad, sino de orientarse hacia el mito ilusorio de la Ciudad del individuo-dios, en vez de orientarse hacia el ideal de la Ciudad de la persona a imagen de Dios.

En una palabra, según esta manera de ver las cosas el mundo moderno ha buscado lo bueno por malos caminos; ha comprometido de esta manera la búsqueda de auténticos valores humanos que es preciso salvar ahora por la posesión consciente de una verdad más profunda, por una nueva creación substancial del humanismo.

Un nuevo humanismo debe reasumir, bajo un clima purificado, todo el trabajo de la edad clásica, tiene que rehacer la antropología, hallar la rehabilitación y la “dignificación” de la ‘criatura, no en un aislamiento, en un encerrarse en sí misma, sino en su eclosión en el mundo de lo divino y de lo suprarracional: esto presupone prácticamente una obra de santificación de lo profano y de lo temporal; esto significa el descubrimiento de un sentido más profundo y más real de la

persona humana gracias a lo cual el hombre se hallaría a sí mismo al encontrar a Dios, y dirigiría la obra social hacia un ideal heroico de amistad fraternal concebida no como un regreso espontáneo del sentimiento a un ignorado e ilusorio estado primitivo, sino como una difícil y dolorosa conquista del espíritu, una obra de gracia y virtud.

Un humanismo de esta clase, que considera el hombre en la integridad de su ser natural y sobrenatural y que no se impone ningún límite a priori en cuanto al descendimiento de lo divino en el hombre, podría llamarse humanismo de la Encarnación.

En la visión de este humanismo integral, no hay para qué escoger, o sacrificar uno al otro, entre el movimiento vertical hacia la vida eterna (que nace y empieza en este mundo) y el movimiento horizontal en el que se revelan gradualmente la substancia y las fuerzas creadoras del hombre en la historia. Estos dos movimientos deben ser perseguidos simultáneamente. Y el segundo, el movimiento horizontal de progresión histórica, no se realiza bien y sin redundar en daño de lo humano, si no se junta de una manera vital con el primero, con el movimiento vertical hacia la vida eterna. Porque este segundo movimiento, el movimiento horizontal, poseyendo finalidades propias y tendiendo a mejorar la condición del hombre en la tierra, prepara, no obstante, el reino de Dios en la historia, el cual, tanto para el individuo como para toda la humanidad, es algo que, se halla más allá de la historia.

2. LAS GRANDES FUERZAS ANTICRISTIANAS

He aquí como se me aparece, a grandes rasgos, la dialéctica del humanismo moderno: mientras el nuevo humanismo de que acabo de hablar, y que responde de una manera muy significativa a la vocación de Francia, no se haya realizado en la historia, la dialéctica del humanismo fallido sólo puede tener por resultado la oposición y confusión más temibles. De ahí el crepúsculo de la civilización occidental. Considerada en sus causas inmediatas, la noche que nos amenaza es debida a la aparición de fenómenos históricos designados, en su aspecto político, (que sin ninguna duda no es el más profundo) con el nombre de totalitarismo: totalitarismo comunista, por una parte, (es decir totalitarismo de la comunidad

social), y por otra, totalitarismo fascista (o del Estado político) y nacional socialista (o de la comunidad racial).

Estas dos familias opuestas de totalitarismo presentan analogías profundas y fenómenos de ósmosis: quizá un día desgraciadamente para los hombres, llegarán a fundirse y a compenetrarse. No obstante, hay diferencias radicales entre sus principios metafísicos. Considerándolos desde este punto de vista, se podría afirmar en definitiva que prácticamente, en la existencia concreta, hay – aquí – un ateísmo que declara que Dios no existe y que convierte un ídolo en su dios; y hay – allá – un ateísmo que declara que Dios existe, pero que hace un ídolo del propio Dios porque niega con sus actos, sino con sus palabras, la naturaleza y transcendencia de Dios; invoca a Dios, pero como a un genio protector incorporado a la gloria de un pueblo o un Estado, o como un demonio de la raza.

Prácticamente, de los tres totalitarismos a que me he referido, es el primero, el totalitarismo ruso-comunista el que ha empezado y el que ha demostrado más virulencia; ha destruido tantas vidas humanas que sus brillantes rivales aun no le han igualado en hecatombes.¹ Pero por ahora parece encontrarse asaz debilitado, y son los otros dos los que en la hora actual amenazan más directamente al universo.

Las fuerzas ante cuya presencia nos encontramos aquí son fuerzas anticristianas desde su principio. Quizás sería más exacto llamarlas “anticrísticas”, porque se trata menos de una oposición doctrinal al cristianismo que de una oposición existencial a la presencia y acción de Cristo en el seno de la historia humana.

Quisiera analizar, brevemente la significación espiritual, la significación religiosa de estas fuerzas, es decir, ante todo, del racismo nazi y del comunismo. Es inútil hablar desde este punto de vista del fascismo, porque, por diversas razones sobre las cuales me abstengo de insistir por falta de tiempo, el dinamismo religioso y místico del fascismo permanece bastante débil; a causa de esto le es difícil substraerse, en este dominio, a la influencia de otras formas más virulentas. Por el momento, es el racismo alemán el que lo arrastra.

1 Estas líneas fueron escritas antes de la guerra actual.

Consideremos primero el principio racista. El racismo, es, como decía al empezar, una reacción irracionalista. El racismo germánico es una protesta patológica, sostenida por la pedantería más absurda (y en este caso cuanto más absurda es la pedantería, más eficaz resulta); es la protesta patológica de la naturaleza con todas sus fuerzas vitales y feroces surgidas de la hondura de la tierra madre, con sus necesidades de euforia y potencia y con el odio implacable que puede enardecer el instinto cuando el espíritu, traicionándose a sí mismo, se aniquila en la animalidad, contra una razón ilusoriamente optimista y, si me es permitido hablar así, contra un clericalismo de la razón pura que durante todo el siglo XIX había prometido el paraíso en la tierra y que no tenía el sentimiento de la naturaleza ni el de la miseria humana.

Un odio místico contra toda sutileza intelectual o moral, un odio místico contra toda sabiduría y ascetismo y, al mismo tiempo, una cierta religiosidad potente, una religiosidad inherente a la substancia humana en sus fibras físicas más elementales. Se invoca a Dios, pero solamente en virtud del deseo de naturaleza incrustado en los elementos biológicos del ser humano; y – a causa del proceso fundamental de reacción que he indicado antes – se le invoca contra el Dios del espíritu, de la inteligencia y del amor, excluyendo y odiando a este Dios. Por un fenómeno espiritual extraordinario, he aquí que se cree en Dios sin conocerle. La idea de Dios es afirmada y, al mismo tiempo, desfigurada y pervertida. Un dios que acabará por identificarse con la fuerza invencible que late en la sangre, se levanta contra el Dios del Sinaí y contra el Dios del Calvario, contra el Ser trascendente. Aquel que es y que vive una gloria inaccesible, contra el Verbo, contra el Dios del Amor.

Nos encontramos no ante un ateísmo pseudo científico, sino ante una para-teísmo o un pseudo teísmo demoníaco, que si por un lado rechaza a la inteligencia, por otro se entrega a todos los ocultismos y es tan anticristiano como el ateísmo.

El racismo está existencialmente unido a este pseudo teísmo demoníaco. Porque, en su reacción contra el individualismo y en su sed de comunión, busca esta comunión en la animalidad humana que, separada del espíritu, no es más que un infierno biológico. En la metafísica de lo concreto social, el dios de la comunidad de la sangre es solamente el demonio de la sangre. El neopaganismo racista es así inferior al paganismo de la antigüedad clásica, que poseía la piedad de las Leyes eternas y de la suprema divinidad. Y es lo más bajo del paganismo lo que incorpora a la existencia.

La relación entre el ateísmo y el comunismo suscita una discusión parecida. La génesis del comunismo en Marx es de orden filosófico, procede de impulsiones venidas de la izquierda hegeliana y de Feuerbach: en el espíritu de Marx la idea de que el trabajo humano es deshumanizado por la propiedad privada fue posterior, de hecho, antes de convertirse en la primera en derecho, a la idea de Feuerbach de que la consciencia humana es deshumanizada por la idea de Dios.

En su sentido más profundo, la teoría del materialismo histórico, según la concibió Marx, implica una posición ateísta absoluta; porque implica un proceso universal de substitución del movimiento dialéctico de la historia a toda causalidad trascendente y al universo del cristianismo en general; implica, por consiguiente, la idea de que el mundo de la naturaleza y el mundo humano son un acontecer que se coloca por sí mismo en el ser, y esta idea excluye, por hipótesis, toda la existencia divina.

El comunismo está existencialmente unido a este ateísmo. Si reacciona contra el individuo, si tiene sed de comunión, es sin descubrir un principio superior al del humanismo antropocéntrico, agravando éste y buscando esta comunión en la actividad económica, en la productividad, que, considerada como el lugar propio y la patria de la acción humana, no es más que el mundo de una razón decapitada, de una razón sin Dios. En la metafísica de lo concreto social, el dios de la comunidad industrial no puede ser más que la razón humana demiúrgica y fabricante, el titanismo de la industria. El comunismo convierte así la comunión cristiana en otra comunión, completamente temporal, que se realiza con la abolición o extenuación de la propiedad privada.

Sobre este capítulo del comunismo y del racismo se puede hacer todavía una última observación: si verdaderamente el comunismo es, en la dialéctica de la cultura, el último estado del racionalismo antropocéntrico, se comprende que en virtud de la universalidad inherente a la razón incluso insensata, sea universalista y se oponga al cristianismo pretendiendo substituir el universalismo del cuerpo místico de Cristo por su propio universalismo terrestre. Mientras que el racismo, de base irracionalista y biológica, se opone al cristianismo rechazando todo universalismo y rompiendo la unidad natural del género humano para imponer la hegemonía de una esencia racial considerada superior.

3. EL EVANGELIO Y EL IMPERIO PAGANO

Pues bien, ¿causa todo esto a la civilización occidental una situación desesperada? Tanto es de temer el entusiasmo de los optimistas profesionales como el pesimismo de los fatalistas. Creo que no me apartaré de la verdad si digo que todo depende aquí de un esfuerzo tenaz y difícil, pero no imposible y que ya ha empezado, de la libertad del hombre y de sus energías espirituales. La situación sería realmente desesperada, por lo menos en el porvenir inmediato, si los hombres y las naciones que conocen el precio de la libertad no estuvieren dispuestas a un esfuerzo de levantamiento heroico.

He hablado, en la primera parte de este trabajo del nuevo humanismo, del humanismo integral que se podría llamar humanismo de la Encarnación y que creo que es, en nuestra edad histórica, el único capaz de remediar los males que sufre el mundo.

Una de las características de este humanismo consistiría en que lejos de limitarse a la cultura del hombre de biblioteca, se ocuparía de las masas, de su derecho a los medios necesarios de existencia y a la vida del espíritu. El problema de las masas está definitivamente planteado en nuestro tiempo.

La solución totalitaria es: especulando con la miseria natural del hombre tratará de hacer de ellas, de las masas, instrumentos bien dirigidos por técnicos socialistas, enormes muchedumbres – ilusionadas, estandarizadas, envenenadas de mentiras – y esclavos que se creerán felices.

La solución del humanismo cristiano es: aprovechando las energías más altas del hombre y la fuerza de su espíritu, se buscará el abrirle acceso a una vida y una libertad verdaderamente dignas de la persona humana y de su vocación. No existe término medio.

Sobre la significación social de un humanismo cristiano, me limitaré a decir que, según mi opinión, dicho humanismo debe asumir una tarea de transformación profunda en el orden temporal que tienda a substituir una civilización mercantil y una economía fundada sobre la fecundidad del dinero, no por una economía

colectivista, sino por una civilización y una economía “personalista” donde brille el resplandor temporal de las verdades evangélicas.

Esta tarea está relacionada con la renovación profunda de la conciencia religiosa. Uno de los vicios profundos del mundo moderno ha sido el dualismo, la disociación entre las cosas de Dios y las cosas del mundo. Estas, las cosas de la vida económica y política, han sido abandonadas a su propia ley carnal, alejadas de las exigencias del Evangelio. El resultado ha sido que cada vez han sido menos vivientes; al mismo tiempo, la moral cristiana, muy poco práctica, en la vida social de los pueblos, se convertía – no en ella misma ni en la Iglesia, sino en el mundo, en la marcha general de la cultura – en un universo de fórmulas y palabras. Y allí, en la marcha práctica de la civilización, este universo de fórmulas y palabras se encontraba prisionero de energías temporales desligadas, en realidad, de Cristo. Este desorden sólo puede ser eliminado por una renovación de las más profundas energías de la conciencia religiosa que surjan de la existencia temporal.

Por su parte, la civilización moderna, que está hoy pagando la carga de su pasado, aparece como proyectada, por las contradicciones y fatalidades que sufre, hacia formas contrastantes de desgracia y materialismo acentuado. Para superar estas fatalidades es necesario un despertar de la libertad y de sus fuerzas creadoras, son necesarias energías de resurrección espiritual y social que ningún Estado ni ninguna pedagogía de partido pueden dar al hombre, que únicamente puede recibir de un amor que establece el centro de su vida infinitamente por encima del mundo y de la historia temporal. En particular, la paganización general de nuestra civilización tiene por resultado que los hombres sólo cifren sus esperanzas en la fuerza y eficacia del odio, cuando precisamente para el humanismo integral sólo un ideal político de amistad fraternal puede orientar el trabajo de la auténtica regeneración social. De ahí que para preparar una nueva edad en el mundo sean antes necesarios mártires de amor al prójimo. Y esto demuestra también hasta qué punto todo depende de una renovación profunda de las energías interiores de la consciencia.

En verdad, es la idea de la primacía de lo espiritual lo que dirige aquí el debate. Afirmar que la cristiandad se restablecerá por medios cristianos o desaparecerá completamente; decir que nada bueno hay que esperar de la violencia animada por el mismo espíritu que es el origen de los males que sufre actualmente la civilización; sostener que el testimonio y la acción paciente y perseverante del

espíritu cristiano en el mundo son más importantes que el aparato exterior de un orden cristiano, es simplemente afirmar que el principio de la primacía de lo espiritual pide ser respetado en la manera misma en que se trabaja para realizarlo en la existencia; es simplemente afirmar que la primacía de lo espiritual no puede realizarse negándose a sí misma.

Al mismo tiempo, en el orden temporal, me parece claro que una actitud que corresponde a lo que siempre se ha llamado la libertad del cristiano ante el mundo y las potencias de la carne, es la que salvaguarda – para mañana o pasado mañana, para una solución favorable de la crisis actual o para una aurora después de una noche interminable –, la esperanza de los hombres en la eficacia terrestre del Evangelio y la razón.

A fin de comprender estas cosas más profundamente, es necesario entrar por un momento en consideraciones, que se refieren a algunas nociones fundamentales del pensamiento cristiano.

El Evangelio condena el mundo: lo que entonces él llama el mundo no es la naturaleza, es la naturaleza en tanto que ella pretende bastarse a sí misma y rechazar el don de Dios; no es la política es la política en tanto que ella pretende regimentar toda la vida del hombre y substraerse a la verdad de Dios que ha creado al hombre a imagen suya.

La política comprendida y vivida así tiene una significación mucho más profunda y misteriosa de lo que frecuentemente se cree; tiende en definitiva a crear en el seno de la humanidad un cuerpo colectivo que, atrayendo hacia sí toda la substancia humana, realice en sí mismo la divinidad del hombre; tiende al Imperio pagano tal como lo ha descrito el Apocalipsis, y es contra este Imperio contra el que Cristo se rebeló.

Entre Cristo y el Imperio pagano no existe compatibilidad; los antiguos y los nuevos Neronos no lo ignoran. Y saben también que únicamente Cristo puede acabar con el Imperio pagano. El Imperio, en virtud de un dinamismo que sería todopoderoso si Dios no fuese más poderoso que él, tiende a la divinización del orden político y del jefe que lo representa: hace de lo político la regia y la medida suprema, superior a la ley eterna y a la gracia de Dios.

Entonces ¿cuál es el principio de lo político así comprendido, así comprendido y vivido? Uno de los teóricos más inteligentes del nacional socialismo: Carl Schmitt.² nos lo sugiere cuando describiendo “fenomenológicamente” el concepto político nos dice que consiste esencialmente en la relación: con el amigo contra el enemigo, y que es esencial para la comunidad política el atacar a alguien. Es el principio de contra el otro o del odio constitutivo. Para la política del Imperio pagano, el odio contra el enemigo, interior o exterior, de la comunidad surge al mismo tiempo que el amor a la política, son dos cosas inseparables e igualmente primitivas: es constituyéndose y a condición de constituirse contra su enemigo como la comunidad política sabe verdaderamente con quien se constituye; es constituyéndose y a condición de constituirse para aplastar a los otros como el Estado sabe con quien cuenta. Soberanía del odio.

Yo no estoy de acuerdo en que ésta sea la ley de lo político considerado en su esencia. Si Cristo es el salvador del mundo es que lo político puede también ser salvado, es decir, puede también ser penetrado y vivificado por la gracia de Cristo y demuestra, pues, que su esencia no es rebelde a esta gracia, ni a la justicia, ni al amor. Es suficiente, por otra parte, considerar el horror e ignominia a qué los llamados realistas de la política – los que saben, naturalmente, que Cristo habló para no decir nada – reducen este desgraciado planeta, para poder apreciar los resultados del bien común de los hombres y el valor político de la política.

Yo no creo, pues, que las fórmulas de Carl Schmitt nos revelen la última esencia de lo político. Pero en cambio nos revelan la esencia de la política pagana y de los fundamentos del Imperio pagano, nos revelan la esencia de esta terrible realidad que es lo político separado de la ley eterna y de las energías vivificantes de Cristo, lo político tal como el espíritu del mundo lo realiza en ferocidad y energía.

Es verdad que la aversión, la presencia del enemigo y del odio al enemigo, según vemos en la terrible realidad, está en la base de la vida política. Es verdad que para el Imperio pagano la ciudad política se constituye contra otro, contra sus enemigos, contra los malos, y que sabe quienes son los suyos y quiénes son los buenos. Es verdad que para esta política, para lo político separado de la moral y de la ley divina, la cumbre de la inteligencia política es el descubrimiento del enemigo; es verdad que el Imperio no puede atraer la savia de la humanidad para

2 Cf. Carl Schmitt, “DerBegriff des Politischen”, München, Duncker und Humblot, 1932.

que le dé sus frutos si no tiende a subyugar y esclavizar a todo el resto del mundo. Porque, en definitiva, el hombre sin Dios sólo puede unirse para odiar. He aquí por qué los totalitarios van directamente a la guerra, interior o exterior, en virtud de una ley metafísica mucho más potente que la voluntad y los cálculos de los hombres de Estado. Es la ley mística del Imperio pagano y de la política pagana; es la ley mística del espíritu del mundo que el odio esclavice al amor y que sólo se ame a los suyos en la medida en que se odia a los otros. La consecuencia inmediata de esto es que la unidad del Estado y la “amistad” – ¡qué amistad! – entre sus miembros sólo se realiza sobre la base del odio colectivo, del odio de clan, y que exige de inmediato el aniquilamiento de la vida y de los derechos de la persona y que es fundamentalmente incompatible con la libertad.

Esta es la ley del espíritu del mundo, según el sentido que el Evangelio da a esta palabra. El Evangelio, oponiéndose radicalmente al espíritu del mundo, lleva el nuevo mandamiento contra el cual todo Imperio pagano se estrellará y al cual nosotros no podemos substraernos; proclama que el amor prima sobre el odio y se dirige a todos los hombres porque todos los hombres son hijos de Dios, porque cada uno es una persona dotada de un alma inmortal que vale más que todo el universo de los cuerpos, una persona rescatada por la sangre de Cristo y llamada a la libertad de los hijos de Dios, y porque Dios es el Amor que subsiste, *Deus caritas est*.

«Un nuevo mandamiento os doy – dijo Jesús –, que os améis los unos a los otros; así como yo os he amado, para que vosotros también os améis los unos a los otros». (San Juan, 13, 34.)

«El segundo mandamiento es semejante al primero: amarás a tu prójimo como a ti mismo». (San Mateo, 22, 39.)

¿Y quién es el prójimo?, pregunta el doctor de la Ley. (FN: San Lucas, 10, 29.) Y Jesús le contesta contándole la historia de aquel hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó y que los ladrones dejaron medio muerto en el camino, y un sacerdote que venía por el mismo camino vio a aquel hombre y pasó de largo; y de igual manera un levita también vino al lugar y no se detuvo; pero un samaritano tuvo piedad de él. «¿Quién de estos tres te parece haber sido prójimo de aquel que cayó en manos de los ladrones?» Y el doctor respondió: «Aquel que usó con él de misericordia». – «Vé y haz tú lo mismo», le respondió entonces Jesús, enseñándonos así que sólo nuestra falta

de piedad y nuestra falta de amor nos impiden reconocer en todo hombre a nuestro prójimo.

«Amad a vuestros enemigos – continuó citando el Evangelio –. Si amáis a aquellos que os aman, ¿qué recompensa merecéis...? ¿No hacen lo mismo los paganos?».
(San Mateo. 7, 40.)

Sí, los paganos hacen lo mismo. Su amor se detiene, para ceder lugar al odio, en las fronteras de su ciudad terrestre, de su comunidad temporal de naciones, de raza, de imperio, de partido. Pero la Iglesia de Cristo no es una ciudad terrestre, el Espíritu Santo no es un espíritu de Imperio o de partido, de nación o raza, de clan o facción. Y en cuanto a la ciudad política, tal como debe ser concebida según su verdadera naturaleza y según el cristianismo, no según el Imperio pagano, no le es de ninguna manera esencial constituirse contra su enemigo. Si tiene amigos (es bien sabido que los tiene) es una consecuencia, no su esencia, del pecado original. Y al luchar contra estos enemigos ella debe aún hacerlo amando en ellos a la criatura de Dios, respetando su dignidad humana.

Odiar el mal es cristiano; pero odiar la persona del pecador no lo será nunca. «Allí donde se encuentran el amor y la caridad – dice la Iglesia –, allí se halla Dios». Y en ninguna parte es posible hallarle sin esta presencia de inmensidad por la cual está también en las piedras y en los demonios.

Yo no digo que la civilización cristiana haya realizado la palabra del Evangelio: sólo los santos se acercan a realizarla. Yo digo que la civilización cristiana, y lo que nos queda todavía de civilización cristiana laicizada, sabía por lo menos que esta tabla de valores es la verdadera. Es esto lo que el espíritu del mundo, el espíritu del Imperio pagano, de la Bestia en la visión de San Juan, es decir, el espíritu de la soberanía del odio, se está tratando de destruir ante nuestros ojos.

El espíritu del Imperio pagano tiene dos maneras de atacar el cristianismo: desde afuera y desde adentro. El comunismo ruso y el racismo alemán tratan abiertamente de expulsar de la existencia, sobre todo de la existencia política, todo lo que posee un valor cristiano. Por lo menos se quitan la careta y, sin sospecharlo, ayudan de esta manera a los cristianos. Hitler, en su libro *Mein Kampf*, condenaba la táctica de la guerra contra la religión, pero hoy desencadena

una guerra implacable y p rfida contra la religi3n. Sin embargo, se pregunta uno,  no hubiera podido erigirse en campe3n del cristianismo contra el ate simo? Si los dirigentes del nacional socialismo hubieran tenido la habilidad de proteger la religi3n, cuántos cándidos creyentes no hubieran sido indulgentes para con los grandes sofismas y grandes ambiciones de su política. Pero la habilidad de que se habla era metafísicamente imposible, y ésta es sin duda la grandeza del hitlerismo. Proteger la religi3n no sería suficiente, sería necesario todavía conceder un cierto mínimum a la libertad de la palabra de Dios, y por pequeño que este mínimum fuese, sería demasiado para el Imperio. Como el demonio y su llama, el espíritu del racismo est a unido, según he demostrado antes, al odio para el Dios del Calvario y el Dios del Sinaí.

En un pequeño libro que publiqué hace algunos años ('Religi3n y Cultura'), denunciaba el error en que se incurre al pensar que la comunidad espiritual del reino de Dios es como una comunidad temporal o una ciudad terrestre. Profundicemos. Si se reflexiona en la oposici3n que existe entre el Imperio pagano y el Evangelio, es necesario decir que cada vez que un cristiano piensa y obra como si el odio dominase sobre el amor y como si la comunidad cristiana estuviese establecida sobre el odio, sobre el odio hacia un enemigo del grupo, de un pecador, al hacer esto cede al espíritu del Imperio pagano, al espíritu del mundo. Sería pueril extrañarse que a menudo seguimos más al espíritu del mundo que al espíritu de Cristo, pero sería más grave fingir, querer ignorar, que cuanto más traicionamos el espíritu de Cristo, tanto más herimos el coraz3n del cristianismo y de la civilizaci3n.

Yo digo que si creemos que el verdadero catolicismo es el de los dos ap3stoles – la Pascua no había tenido lugar todavía – que querían que el fuego del cielo cayese sobre los malos, es que nuestro catolicismo est a más de acuerdo con el espíritu del mundo que con Jesús. “* No sabéis a que espíritu pertenec is?*”, respondi3 Jesús a los que le pedían que convirtiese en ceniza a los infieles.

Yo digo que si creemos que la verdadera prueba de la fe en Dios y del amor de Dios no es solamente, como algunos han afirmado, estar dispuesto a morir por él, sino a matar por él, es que seguimos al espíritu del mundo en lugar del espíritu de Cristo y blasfemamos de la fe en Dios, ya que matar por el Imperio es la suprema señal de la fe en el Imperio pagano. Pero la suprema señal de la fe en Dios consiste en dar la propia vida a Dios, no la de otro. «*Nadie tiene amor más*

grande que éste: que ponga uno su vida por sus amigos». (San Juan, 15, 13, Cf. Sumo theol. II-II, 124, 3.)

Pero hay todavía otras psicosis. Yo digo que si ponemos el odio a una raza en la base de la idea de cristiandad, y de la comunidad que implica, con esto pervertimos la noción de esta comunidad y pensamos en la cristiandad, en la comunidad temporal cristiana, de acuerdo con el espíritu del Imperio pagano. El año pasado, en una conferencia que di en el “Ambassadeurs”, dije en el mismo sentido: *«Que los cristianos sean antisemitas es una cosa posible y ocurre con frecuencia. Pero esto sólo les es posible porque en vez de obedecer al espíritu cristiano obedecen al espíritu del mundo»*.

Las personas a las cuales las verdades que recordaba en aquella conferencia no les complacieron, seguramente consentirán oír lo que el Papa, algunos meses más tarde, decía a un grupo de peregrinos belgas. Comentando las palabras del Canon de la Misa *Sacrificium Patriarcae nostri Abrahae*, el sacrificio de nuestro padre Abraham, el Papa exclamó: *«Observad que Abraham es llamado nuestro patriarca, nuestro antepasado. El antisemitismo no es compatible con el pensamiento y la realidad sublime que se expresan en este texto. Es un movimiento en el cual nosotros los cristianos no podemos tomar parte en absoluto»*.³ Espiritualmente somos semitas: ninguna palabra tan fuerte como ésta ha sido pronunciada por un cristiano contra el antisemitismo, y este cristiano es el sucesor del apóstol Pedro.

Cuando se ha comprendido qué triunfo del mundo contra Cristo, en el seno del alma humana, representa el racismo, y cuando se contemplan los resultados visibles; cuando se sabe hasta qué grado han podido alcanzar, en los países que sufren el azote, por un lado la crueldad, el desprecio a la persona humana, el sadismo, la bestialidad feroz y, por el otro, el dolor y la agonía, no es sin duda de extrañar que en todas partes los profesionales de la bajeza ofrezcan a una tal fiesta su alegre colaboración. Pero el hecho de que el estado de espíritu racista pueda encontrar alguna complicidad en las almas que creen servir a Dios, aparece en su verdadera perspectiva, que no es otra que la agonía de Cristo que continúa hasta el fin del mundo.

Nuestra época ofrece a los demonios homicidas festines inauditos. Stalin

3 Cf. la Croix, 16 de septiembre- 1938.

les ha dado kulaks; Hitler, judíos. Y a ambos lados los cristianos agonizan. El inmenso clamor que llega de los campos de concentración no es percibido por nuestros oídos, pero penetra en las fibras más ocultas de la vida del mundo y su invisible vibración las desgarran.

El día en que el Presidente de los Estados Unidos pidió a todos los hombres de buena voluntad rogasen «*por los desgraciados que en otros países sufren una horrenda angustia*»; el día en que ante la terrible impotencia del mundo civilizado para socorrer a una muchedumbre tan vasta de inocentes perseguidos, un jefe de Estado se ha dirigido de esta manera al Cielo ha demostrado cuáles son las dimensiones reales del problema que sacude hoy la conciencia de los pueblos. Nunca todavía en la historia del mundo, los judíos habían sido perseguidos de una manera tan universal, y nunca la persecución ha alcanzado como hoy a los judíos y a los cristianos. Esta es una de las señales de la conmoción profunda de nuestra civilización. Pero no hay que temer. Durante un cierto tiempo los injustos triunfantes pueden hacer lo que quieran, pero saben que su tiempo está medido y por esto muestran una prisa tan terrible.

He hablado del espíritu del Imperio pagano, del espíritu del mundo. En todas partes encuentra hoy terribles complicidades. Una clase obrera fatigada, hastiada, materializada por exceso de política, una burguesía entregada a una anarquía egoísta y ciega y cuyas estructuras morales se debilitan cada vez más, están sin defensa contra dicho espíritu. Séame permitido añadir que ante este espíritu los católicos franceses, agrupados detrás de sus obispos y confiando en el gran Papa que sufre y combate sin temblar por la verdad y la palabra de Dios, que nada puede encadenar, ante el espíritu del Imperio pagano, ante el espíritu de la brutalidad y el odio, los católicos franceses cuentan, con la ayuda de Dios, no dejarse vencer en sus corazones.

Aludiendo a ciertos peligros que no son ilusorios, el Cardenal Patriarca de Lisboa denunciaba, hace algún tiempo, esta concepción política, no evangélica, de la religión que tiene por finalidad descristianizar el catolicismo. «*Desear – escribía – una Iglesia vacía de su tesoro, la vida divina, imponiéndose por la violencia exterior, manteniéndose gracias a la protección oficial, afirmándose exclusivamente por el equilibrio de la sabiduría humana de su organización y gobierno, es descristianizar a la Iglesia, renegar de la Redención cristiana, continuar la obra del laicismo moderno.*

Todo esto no serviría a la grandeza del reino de Dios, sino que establecería una nueva tiranía eclesiástica...».

*«Algunos, continuaba diciendo el Patriarca de Lisboa, hablando del Papa Pío XI, algunos se han mostrado sorprendidos de la invencible energía de este augusto anciano que, con el Evangelio en la mano, intrépido en su fe, ha condenado al comunismo, el totalitarismo, el estatismo, el racismo, el nacionalismo pagano, todos estos nuevos ídolos de nuestro tiempo ante los cuales se inclinan masas dirigidas que han perdido el sentimiento de su dignidad y de su libertad desde que han perdido a Cristo. Los que se escandalizan del supremo alegato del Papa contra los regímenes de persecución que se enorgullecen de haber salvado a Europa del comunismo no saben (según dice el Evangelio) qué espíritu alienta en ellos».*⁴

Ahora bien, yo no creo anticiparme mucho si afirmo que un falso cristianismo que no supiese de qué espíritu está poseído, que pactase con la política estatal o con el racismo hitleriano y encontrase a sus doctores entre los periodistas de los Estados totalitarios, un falso cristianismo que fundase su comunión sobre el odio de un enemigo político, que contase con la violencia exterior más bien que con la gracia y la caridad, que desesperase del alma del pueblo y de la savia evangélica y renunciase a penetrar la vida temporal de las naciones, un falso cristianismo de esta clase no es fácil que se aclimate entre nosotros.

4. CRISTIANISMO Y DEMOCRACIA

Durante el otoño del año 1938 me encontraba en los Estados Unidos. Si las condiciones concretas de la actividad política son en este país más complejas y activas de lo que se cree en Francia, en cambio la situación de los espíritus se perfila con rasgos muy acusados. Una de las cosas que me han impresionado más es que no solamente tienen una clara consecuencia del peligro que ha corrido la civilización y de las responsabilidades que dicho peligro comporta, sino que América siente la necesidad de revisar su tabla de valores morales y de renovar su filosofía política. Esto es, según mi opinión, un fenómeno de importancia capital. América comprende que necesita a la vez defender la democracia y elaborar una nueva democracia y que

⁴ Discurso pronunciado el 18 de noviembre de 1938 por S. E. el Cardenal Cerejeira, en el IX aniversario de su elevación al patriarcado de Lisboa. [Docum. Cathol.. 20 diciembre, 1938].

esta obra sólo es posible a condición de que los valores cristianos se integren en ella vitalmente. He constatado esto en todos los sitios por donde he pasado.

Y he aquí que en respuesta a una carta del Papa en que les pedía, como un deber urgente de su cargo, que reorganizaran estudios de filosofía social y política a fin de “*elaborar un programa constructivo de acción social, adaptado en sus detalles a las necesidades locales y susceptible de despertar la admiración y la adhesión de todos los espíritus honrados*”, los obispos americanos, en octubre último, declararon: «*Su Santidad nos insta a la defensa de nuestras instituciones democráticas, regidas por una constitución que protege los derechos inalienables del hombre... El cumplimiento de esta orden del Santo Padre necesita que nuestro pueblo, desde los niños a los ancianos, sean instruidos de una manera completa sobre la naturaleza verdadera de la democracia cristiana*». ⁵

Según una observación del padre La Farge ⁶, la palabra democracia cristiana, empleada por primera vez por León XIII y que debía suscitar tantas disputas, es así vuelta a introducir oficialmente por el episcopado americano en el vocabulario católico. Estoy convencido de que nadie tomará a causa de esto a los obispos de los Estados Unidos por rojos cristianos.

Por otra parte, el Presidente Roosevelt insiste con su energía habitual, sobre el hecho de que la democracia, el respeto a la persona humana, la libertad, la buena fe internacional tienen su más sólido fundamento en la religión y dan a la religión sus mejores garantías. El mensaje del 4 de enero de 1939 es desde este punto de vista un acontecimiento considerable. Walter Lippmann, este excelente observador de las realidades políticas, ve en él un viraje decisivo del pensamiento occidental. «*Este discurso, escribe en el New York Herald, ⁷ da fe de un cambio absolutamente fundamental en las ideas, un cambio que no se refiere únicamente al pensamiento de Mr. Roosevelt, sino, lo, que es mucho más significativo, al pensamiento de las grandes masas de hombres de América y de otras partes, de las cuales es, por razón de su cargo, el intérprete más representativo.*

5 Carta pastoral redactada en la asamblea anual de Washington (12, 13 Y 14 de octubre de 1938) llamando a todos los católicos de los Estados Unidos a la “cruzada católica” inaugurada en el mes de noviembre de 1938 en favor de la democracia cristiana [Docum. Cathol. 5 enero 1939].

6 R. P. John La Farge, América, 12 enero 1939. [Doc. Cathol. *ibid*].

7 New York Herald, 2 enero 1939.

«Este mensaje señala la reconciliación, en camino ya después de un siglo de conflicto destructor, entre el patriotismo, la libertad, la democracia y la religión... El hecho de que, continúa Walter Lippmann, el presidente, que es el líder democrático más influyente del mundo, reconozca la religión como la fuente de la democracia y de la buena fe internacional, constituye una nueva orientación fundamental de la concepción democrática de la vida». Y después de haber hecho alusión a la lucidez del espíritu francés y al retoñar religioso que tiene lugar entre nosotros desde hace algunos años, el escritor americano termina diciendo que el mensaje referido contiene en germen «una filosofía donde se halla la respuesta positiva del Occidente a las fuerzas que amenazan destruir el mundo occidental, a estas fuerzas de disgregación moral que el comunismo, el fascismo y el nazismo han heredado y explotan; dicho mensaje esboza esta reconstrucción de la filosofía moral que las democracias tienen la obligación de emprender si quieren sobrevivir».

He aquí, pues, que este problema de un nuevo humanismo y de una nueva democracia, que nosotros, los filósofos, no hemos olvidado de plantear, los hombres de Estado lo hacen entrar hoy en la actualidad política. La palabra democracia se presta a tantos malentendidos que desde el punto de vista especulativo sería deseable encontrar otra. Pero de hecho es la costumbre de los hombres y de la conciencia común la que fija el empleo de las palabras en el orden práctico y, además, el desprecio de que los partidarios del absolutismo hacen objeto a la palabra democracia es una justificación suficiente para remozarla. Contra los estandartes de la servidumbre es todavía bastante válida.

Importa decir que si es exacto que siempre habrá temperamentos de derecha y temperamentos de izquierda, por el contrario la filosofía política no es de derecha ni de izquierda, sino que debe ser simplemente verdadera. Y en épocas de crisis general como la nuestra, es particularmente necesario que el esfuerzo del espíritu trascienda de sus marcos apolillados por disposiciones psicológicas o partidos. Una filosofía política que se puede llamar democrática en el sentido de que se opone a la dictadura y al absolutismo es algo más amplio de lo que se llama la forma democrática de gobierno o partidos democráticos. Se define por el hecho de que reconoce los derechos inalienables de la persona humana, atrae a la persona como tal a la vida política y ve a los investidos de la autoridad como vicarios de la multitud, como decía Santo Tomás de Aquino.

Por mi parte he criticado sin contemplaciones los mitos salidos de Rousseau y los errores homicidas del liberalismo individualista; es decir, lo que podríamos llamar la democracia fallida. Pero aun esto me ha permitido mejor comprender y afirmar con más fuerza que sería una falta mortal condenar, con los errores del siglo XIX, las verdades y las aspiraciones automáticamente humanas donde dichos errores parasitaban. Hay otra democracia que no es la democracia según Rousseau, y es a los valores contenidos en ella a los que muchos hombres, en el curso de la historia moderna, hombres valerosos, engañados por una falsa ideología, aspiraban realmente desde el fondo de su corazón. Ya he expuesto en otra parte, y mucho más detalladamente que lo puedo hacer aquí, lo que yo pienso sobre esto. Hoy me limitaré a decir lo siguiente:

La democracia fallida y el humanismo fallido procedían de la inspiración antropocéntrica señalada al principio de este trabajo. El materialismo, el ateísmo, la anarquía disimulada en el estatismo y finalmente la dictadura, eran sus fatalidades.

Un humanismo integral y una democracia orgánica, la democracia cristianamente inspirada de la que habla el episcopado americano, proceden de una inspiración teocéntrica. Respetan realmente la dignidad humana, no en un individuo abstracto, intemporal o inexistente, que ignora las condiciones históricas y las diversidades históricas y que devora sin piedad la substancia humana, sino en cada persona concreta y existente en el contexto histórico de su vida. Es a la libertad de eclosión de la persona que ellos aspiran, y saben que les será necesaria toda la historia humana para conseguir la conquista de esta libertad. Saben también que en la jerarquía de los valores es el desarrollo de la vida del espíritu, la contemplación y el amor los que ocupan el primer lugar. Lo principal para ellos en la obra política no es la codicia insatisfecha ni la dominación externa sobre la naturaleza material o sobre los otros pueblos, sino la marcha lenta y difícil hacia un ideal histórico de amistad fraternal entre los pobres hijos heridos de una desgraciada especie nacida para la alegría absoluta. En fin, esta democracia y este humanismo reconocen por igual los derechos de la comunidad política y del bien común político y, antes que nada, los derechos de la familia y de la persona humana. Y si preguntáis cuáles son estos derechos inalienables de la persona, os citaré las palabras de Pío XI en la encíclica *Divini Redemptoris*, «*el derecho a la vida humana, a la integridad del cuerpo, a los medios necesarios de existencia; el derecho a tender hacia el último fin en el camino*»

trazado por Dios; el derecho de asociación, el derecho de poseer y usar de la propiedad...». A todo lo cual se podría todavía añadir: el derecho de no tener que ceder ante el temor a la pena de muerte, a lo pardo, negro o rojo; el derecho de no ser reeducado en un campo de concentración, el derecho de pensar y manifestar lo que significan para la consciencia los medios civilizadores de los poderes totalitarios.

La religión cristiana no es feudo de ningún régimen temporal; es compatible con todas las formas legítimas de gobierno; no es de su incumbencia determinar lo que los hombres deben adoptar *hic et nunc*, no tiene preferencias por ninguna. La religión tampoco impone (desde el momento en que están salvaguardados ciertos principios superiores) una filosofía política determinada, por válida y general que sea, como la que nos ocupa en este momento, para no importa qué forma de gobierno legítimo. Pero el problema que se plantea aquí es de otro orden, es un problema que de hecho se relaciona, como en el caso de la esclavitud y de su progresiva abolición, con las germinaciones naturalmente producidas en el seno de la consciencia profana y temporal bajo la aceleración del fermento cristiano. Se trata de saber, además, si en el instante y circunstancias presentes de la historia humana, las oportunidades de la religión, de la consciencia y de la civilización coinciden con las de la libertad.

Pero que quede bien entendido que no se trata de echar vino nuevo en odres viejos. Lo que se requiere es una purificación radical. Y en el orden de los hechos, en el orden de las sanciones de la historia, esta purificación se produce ante nuestros ojos bajo formas atroces. Asistimos a la liquidación histórica del mundo de Rousseau. Si desde hace algunos años parece que en el dominio político las democracias son derrotadas a cada nuevo golpe, no es solamente a causa de las faltas en que incurren continuamente, ya que estas faltas y estas debilidades parecen fatales. La fatalidad que interviene contra las democracias proviene de la falsa filosofía de la vida que durante un siglo ha alterado su principio vital auténtico y que paralizando desde dentro a este principio les hace perder a las democracias toda confianza en sí mismas. Durante todo este tiempo las dictaduras totalitarias, que ponen en práctica mucho mejor a Maquiavelo, tienen confianza en su principio de la fuerza y de la astucia y saben arriesgarse. La experiencia dolorosa de la historia continuará hasta que hayan sido descubiertos la raíz del mal y el principio – por fin integrado a su verdadera naturaleza – de una esperanza renovada y de una fe invencible.

Si las democracias occidentales no deben ser barridas, y entonces sobrevendría para la civilización una noche que duraría varios siglos, es a condición de que descubran la pureza de su principio vital, que es la justicia, la justicia y el amor de origen divinos, es a condición de que reconstruyan su filosofía política y que hallen de nuevo el sentido de la justicia y del heroísmo, volviendo a hallar a Dios.

En este crepúsculo de la tarde que nos envuelve, algunas señales, a las que he hecho alusión antes, hacen creer que ya apuntan las primeras claridades de un crepúsculo de la mañana. El levantamiento espiritual que se realiza desde hace algunos años en nuestro país interesa a todo el porvenir de la civilización, así como el desarrollo, en campos cada vez más vastos entre la juventud francesa, de concepciones políticas y sociales establecidas sobre el valor de la persona humana.

De estas perspectivas se vislumbra la alta significación que posee la palabra que el Cardenal Verdier pronunció recientemente (enero de 1939) al referirse al nuevo eje de civilización que Francia constituirá con la Iglesia. Supongo que nadie pretenderá desnaturalizar esos pensamientos prestándoles una intención de “cruzada ideológica”. No obstante, me interesa salir al paso de este absurdo para desviarlo explícitamente. Cruzada ideológica y guerra santa, yo mismo he señalado el peligro de estos mitos perniciosos y la sangrienta ilusión que llevan en sí. No se trata de ir a la guerra contra los pueblos que no tienen nuestra filosofía del hombre y de la ciudad. No. Se trata de tener – no por medios de violencia, sino por virtud de inteligencia – nuestra filosofía del hombre y de la ciudad, nuestro principio de vitalidad histórica, nuestra idea de los valores supremos de los cuales dependen la existencia del hombre y de la civilización, se trata de existir ante nosotros mismos, ¿quién podría, pues, obrar y resistir si antes no existiese? – ¡Francia, toma consciencia de ti misma, de tu existencia carnal y espiritual, tierra, vieja tierra de Juana de Arco y de Péguy, vieja tierra de justicia, de honor y libertad!

¿Es demasiado tarde ya para salvar a Europa? Con la Europa actual, ¿quién osaría creer en la posibilidad de una nueva cristiandad? Pero Europa no se encuentra aislada. El problema de la civilización no es un problema europeo, en definitiva en cuanto a la adhesión interna de los corazones, de una eficacia dudosa.

Se trata de saber si los pueblos aún libres son capaces de alcanzar, por los caminos de la libertad y del espíritu, una suficiente unanimidad moral y de resistir las alteraciones que amenazan desde adentro a su consciencia. Cada vez que en uno de estos países alguien cede a alguna infiltración del espíritu totalitario, no importa bajo qué forma ni qué disfraz, es una batalla perdida para Francia y para la civilización. Se trata de saber si ante un desencadenamiento de violencia pagana sin precedentes y de todos los medios que sacan su fuerza de la degradación del ser humano, comprendemos que es necesario remontarnos hasta los orígenes de las energías espirituales y de esta violencia que alcanza el reino de los cielos y que puede, ella sola, elevar las fuerzas naturales del hombre, por medio de la lucha y de la paciencia, a un grado donde dominen verdaderamente la historia.

